



CAPÍTULO I

Una línea negra corta el blanco de la hoja y va tiñendo el papel, ilustrando un relato y llenando de vida aquello que permanecía desierto.

“En cada barrio hay una casa abandonada, cada casa abandonada esconde una historia y esas historias no siempre son buenas”.

Siguiendo el dibujo, a través del lápiz negro, nos toparemos con la artífice de la obra: Melián.

Sus ojos mantienen un brillo especial. No es el reflejo de la lámpara de noche sobre su escritorio, ni la luna que, aprovechando la falta de nubes sobre el cielo, cuela su claridad por la ventana. No; el brillo que muestran esos ojos es interno. Casi parece irreal. Ella lo cree así y, en algún punto, piensa que es un ser de fantasía; siempre sola, siempre dibujando, escribiendo, siempre pensando en cosas raras. Tal vez por eso en la escuela la llaman “La chica más rara del mundo”. Quizás tengan razón, pero a ella no le importa; menos cuando está creando.

Su habitación es un mundo interno que se hizo externo. Atrás quedó el empapelado que simulaba un bosque; y aquellos árboles negros que se recortaban en un cielo blanco también terminaron ocultos tras capas y capas de relatos.

Aunque no es una tarea simple, la mente de Melián se puede leer en cada rincón. Quien entre a su habitación, desde cada una de las paredes será observado por sus monstruos; seres sobrenaturales, personajes fantásticos o sombras misteriosas. Todo ese universo tiene vida en su cabeza.

Cualquiera podría decir que posee una visión terrorífica del mundo, pero es todo lo contrario: ella tiene el don de transformar lo macabro en algo bueno. Para Melián, la oscuridad es un lugar que, con tiempo y paciencia, puede revelar seres maravillosos; por eso no le dan miedo la noche, ni las tormentas, ni las leyendas urbanas. Para ella, cada misterio es una historia por descubrir.

Melián tiene un poder; aún no sabe qué tan real es, pero lo siente.

Poseída por un nuevo mundo, que nace sobre la hoja blanca de su cuaderno de cuentos, va ocupando el número 9 de su colección personal.

Hace dos años, empezó a reunir todas las historias que tenía sueltas en papeles y hojas de carpeta y las acomodó dentro de unos cuadernos, que tituló “Imaginasustos”. Desde aquel día hasta hoy, ya completó ocho tomos con sus narraciones, poemas, pensamientos y dibujos. Podría utilizar una computadora para almacenar sus relatos, pero prefiere tenerlos en sus *Imaginasustos*, porque siente que en el papel todo se percibe con más vida; allí puede decorarlos y agregar ilustraciones.

Cada vez que está sumergida en una nueva historia, los dibujos que decoran su entorno pierden nitidez y las paredes desaparecen, dejándola flotando en un espacio insustancial. Ya no está en su habitación, ni en su casa, ni en nuestro mundo.

LA CASA DE LOS CHICOS PERDIDOS

IMAGINASUSTOS Nro. 9

Cuento 23

Seguramente, fueron las ventanas rotas de la casa abandonada las que permitieron el ingreso de las hojas que tapizaban el suelo de la sala de estar; hojas secas y de color café que reflejaban lo que sucedía allí. El tiempo transcurrido había devorado, de a poco, la vida que en algún momento reinó en el lugar. Y ni hablar de las leyendas que, desde el exterior, se arrojaban al interior de la propiedad.

La casona deshabitada era un imán para los chicos curiosos del barrio; muchos de ellos apostaban su valentía para entrar. El motor de su curiosidad era el misterio que escondía una de sus habitaciones. Se decía que, además de ser aterradora, hasta la luz natural estaba prohibida en su interior; como si todo elemento vivo quedara expulsado del siniestro lugar. Ni el sol se atrevía a ingresar.

En una de las paredes de esa habitación, había un cuadro colgado, cubierto por una manta. Y estaba oculto porque no era un cuadro cualquiera; la imagen que mostraba estaba maldita. Las sospechas y conjeturas eran varias; algunos decían que era el retrato del antiguo dueño, un español avaro que odiaba a los niños y que, una vez muerto (en circunstancias no naturales), su fantasma había quedado

atrapado en la tela. Otros aseguraban que el cuadro no tenía imagen; que el lienzo estaba pintado todo de negro y que, si mirabas fijamente ese abismo, veías tus peores miedos. Nadie sabía de verdad qué ocurría al pararse frente a la obra, lo único seguro era que ni un solo niño había podido traer noticias verídicas del elemento maldito. Porque aquellos que pisaban la habitación del cuadro no regresaban nunca más.

Fue Matías quien aseguró tener un plan para salir ileso. Como prueba, traería en sus manos la manta que cubría la obra maldita.

Pero había un detalle que la gente, los niños y los fabuladores de rumores desconocían: sí; había un cuadro cubierto con una tela en una habitación de la casa abandonada, pero este elemento no era el problema. En las sombras de la habitación contigua, abrazado la oscuridad, se ocultaba un terrible monstruo...

Melién se queda inmóvil y se concentra en la puerta de su habitación, que comienza a abrirse muy despacio.

El crujir de las bisagras es un susurro agudo. Quien esté empujando el picaporte sabe lo que hace y su intención es el sigilo. La joven levanta la vista del papel y mira de reojo hacia la puerta, pero no se anima a voltear la cabeza del todo.

Decidida, se pone de pie, dispuesta a enfrentar a la entidad que invade su mundo.

